

CECILIA VALDÉS URRUTIA

ENTREVISTA | Habla sobre la exposición en AMS y la destrucción del patrimonio

# VICENTE GAJARDO:

## “En este momento crítico debemos ser luz”



La nueva obra de Vicente Gajardo abierta ayer en galería AMS. La pulcritud y sensualidad del trabajo del granito sobresalen. También su proyección urbana cercana a la arquitectura.

En la ciudad de Santiago, en el desierto y en paisajes del sur hay sorprendentes esculturas públicas en granito de Vicente Gajardo, uno de los creadores más gravitantes de la actualidad, en un arte que tiene tan buenos cultores en nuestro país. La mayoría o casi la totalidad de su obra es en piedra y la trabaja en forma pulcra, perfecta y plástica, con una estética que seduce en su textura y belleza. En su poética abstracta evoca la cantera, el paisaje, sus herramientas, los sentimientos. También este artista nacido en Quirihue —quien llegaba de niño en tren hasta Coelemu, localidad ubicada en la orilla del hermoso río Itata, con sus playas y bosques que caían al agua— partió tímidamente con su arte en la modesta casa familiar del campo. Hoy integra la Academia de Bellas Artes y es autor de monumentales construcciones como la del desierto, que evoca los hábitos ancestrales y juega con la historia y con la luz del lugar.

Su última escultura trae cambios. Vicente Gajardo dibuja e irrumpe su pasión por la arquitectura y su interés por el arte urbano: condena y le duele la destrucción del patrimonio. Aunque está contento con su nueva propuesta: inauguró ayer más de 15 piezas inéditas en galería AMS

—junto a obra gráfica de su hija artista, Petra—, mientras se termina un libro sobre su hacer escultórico en Portugal, e inaugura un homenaje a las víctimas del covid.

### El habitar

—¿Se acerca más a la arquitectura?

“En esta obra he ido indagando más en aquello que me fascina: la arquitectura. Participo en un cruce desde el habitar. Porque la escultura también construye un lugar. Es sugerente, permite que nos acerquemos a partir del espacio que genera, un espacio de recogimiento de la luz, que tiene una escala humana. En estas esculturas pequeñas está también presente ese concepto: hablo del espacio, del lleno y del vacío, de la luz”.

—Para usted son importantes arquitectos como Louis Khan y el Premio Pritzker Peter Zumthor...

“Me interesa mucho Khan por el respeto hacia el trabajo del otro, rescata la presencia de la arquitectura románica, medieval, donde se deja entrever esa poética. Me gusta el silencio de su obra, él habla de la luz, del peso, de lo rotundo de la materia. Ese hilo conductor es el que me parece debe tener el arte. Y de Zumthor me interesa el concepto de luz con que trabaja la materia. Fue también un conocedor real de la maderera (su padre fue ebanista) y la utiliza desde su punto morfológico, del color, de su poé-

Su nueva obra se acerca más a la arquitectura y a lo urbano. Sus esculturas, de sobresaliente factura, están en todo el país y en el exterior. Pero al escultor, destacado como uno de los mejores de la escena nacional, le duelen los actos vandálicos, la destrucción del patrimonio. “Aunque cuando no existe una seguridad general, ¿qué podemos pedir para nuestro patrimonio artístico?”, lamenta.



El artista dibuja a través de sus maquetas.

tica y magia. Y Barragán: trabajó el color, pero genera un silencio”.

—¿El silencio es esencial?

—La piedra es un núcleo de silencio. Durante 40 años de trabajo me lo ha pasado en silencio en el taller, en el paisaje. Evoco en mi obra el silencio de



Inaugura un memorial a las víctimas de Covid, en un cerro en Curacaví.

la naturaleza, del oficio”.

—¿Aborda un ascetismo volumétrico?

“Es una búsqueda de lo esencial que lleva a ese silencio”.

“No hay interés del Estado”

“Lo que más me interesa es la escultura urbana y debe contener un susurro del lugar, relacionarse con el habitar, con el construir. Una escultura debe abrirse a la ciudad, al ser humano”, afirma con entusiasmo dentro de su carácter calmo y retraído.

—¿Y cómo ve el estado del arte y de la escultura urbana?

“Es lamentable, es doloroso su poco cuidado, su destrucción. Porque ha existido un interés por instalar obra en espacios públicos, pero no existe una conservación”.



La talentosa autora expone piezas gráficas de refinado minimalismo.

### Petra, la hija artista

Y cómo no, Vicente Gajardo tiene a su única hija mujer y artista de nombre Petra (1988). “Pero lo divertido es que el nombre me lo puso mi mamá: ella tiene los créditos, Gladys Montecinos. Le encantaba de siempre”, cuenta a Artes y Letras. Mientras Vicente Gajardo habla orgulloso de su arte: “Su trabajo es muy interesante. Realiza una síntesis de la gráfica desde el silencio. Tiene que ver con cierta espiritualidad. Mezcla el dibujo, lo textil y dibuja con el hilo”.

“Pero este último trabajo —llamado ‘Revelaciones’— es muy distinto a lo anterior, precisa Petra. Alude a un nuevo proceso de investigación de composiciones en blanco y negro. Nace en tiempos de introspección, de silencio e inquietudes. Olvidé un poco los hilos; dejé de lado la materia que caía del dibujo visual. Hoy trabajo con la tela, el lino y el hilo. Con ello realizo composiciones gráficas con telas negras sobre lino blanco”. Son piezas minimalistas de gran refinamiento, que evocan siluetas, gestos reiterativos. Petra ha expuesto varias veces con Gajardo. Y hace clases: “Estoy en un proyecto muy lindo con Andrés Vío: el Taller Nómada, nos ganamos un concurso y realizamos talleres de arte en lugares de bajos recursos”.

—¿Qué le produce la destrucción del patrimonio urbano a partir del estallido...? En países vecinos no entienden cómo lo permitimos. Buenos Aires luce hoy su patrimonio mejor que nunca. Hay un respeto total.

“En Chile lo que sucede es tremendamente doloroso. Hay una gran incultura. Son actos de vandalismo contra el patrimonio. Es gravísimo. Pero cuando no existe una seguridad general a nivel de Estado, qué podemos pedir y esperar para nuestro patrimonio público, para nuestras esculturas”.

—¿Deben haber normas más estrictas?

“¡Por supuesto! Pero más allá de eso, esta no se aplica. Tiene que ver más profundamente con lo que nosotros queremos o no como país. Y la gente hoy está muchísimo más preocupada de que no la asalten, que no la dañen, que no le roben el auto. Yo también he sufrido rayado y dañado de esculturas y no debemos dejar de pensar seriamente en esto. Pero actualmente no hay un interés real del Estado de salvaguardar el patrimonio. Está todo rayado, todo destruido... Y pensemos en todo lo que un artista, un arquitecto, se ha esforzado por crear y aportar. Es un momento muy doloroso y de quiebre. Estamos sumidos en una oscuridad que no nos ayuda en nada a pensar y hay que hacerlo”.

—¿A su nueva escultura le duele esta realidad como en pandemia le dolía el cuerpo?

“Duele la realidad, pero de las crisis puede emerger algo hermoso. Si aprendemos de esta crisis, se dará paso a algo mejor. Frente a esta oscuridad los artistas debemos ser luz y seguir haciendo nuestro trabajo”.

### Porto, Portugal y pandemias

—Se publica un gran libro sobre su trabajo en Portugal.

“Es un compendio con gran parte de mi obra urbana y textos de 12 críticos portugueses. Hice antes allí dos obras en homenaje a Gabriela Mistral, una en el barrio donde vivió en Lisboa. Además, realicé un parque de escultura en Santa María da Seira, son 11 obras de granito. Es un conjunto en homenaje a la Foga seura: niñas vírgenes que llevan un pan sobre la cabeza. Es una historia muy linda de una pandemia en tiempos medievales, cuando esa ciudad pidió al patrono San Sebastián que impidiera las muertes. A cambio de ello se le iba a regalar pan al pueblo. Esas esculturas hablan de esa historia: las hice a los pies de un castillo, a 10 minutos al sur de Porto.

—¿Y va a inaugurar también un homenaje a las víctimas del covid?

“Sí. Es un portal en la cima de un cerro en Curacaví, inserta en un lugar que conforma una plaza. Y alrededor de ella se forma un mobiliario en granito integrado por rodados de la altura de una banca. Hay una gran pieza en piedra donde los deudos pueden poner flores. Es un especie de altar muy bonito en granito. Genera un lugar de recogimiento, de oración, de silencio...”.

### EN LIBRERÍAS

## Reeditan libro “El comienzo de la historia”

Un conjunto de reflexiones escritas con motivo de un viaje realizado en la ex Unión Soviética, por su autor, Jaime Antúnez, publicado en 1992, es prologado en su segunda edición por José Rodríguez Elizondo.

JOSÉ RODRÍGUEZ ELIZONDO  
Premio Nacional de Humanidades

Aunque publicado en 1992, solo recientemente tuve noticia de este libro. Mea culpa. Me lo regaló su autor con una sugerencia de baja modesta y misteriosa: “Creo que puede interesarte”.

De momento lo puse en mi lista de espera —siempre demasiado nutrida—, hasta una noche en que, tras hojearlo, ya no lo pude soltar. El texto de Jaime Antúnez me interpelaba desde mi dispersión vocacional, mi gnosticismo de baja intensidad, mi preocupación por la fragilidad de la democracia y mis vivencias en el socialismo real.

A poco leer me transportó, vía *flashback*, a dos días de mi vida en la República Democrática Alemana, a mediados de los años 70 del siglo pasado. En el primer pantallazo, en una sala espaciosa de la Karl Marx Universität, de Leipzig, ante un enorme mural —una gigantografía al óleo— en clave de realismo socialista. Un profesor me explicaba, entre crítico y risueño, cuántos académicos, obreros, campesinos y estudiantes y en qué proporciones debió insertar el pintor, siguiendo pautas estéticas de la autoridad. En el segundo pantallazo yo, individuo solo, estaba en el quinto piso de un edificio institucional, tratando de entrar a un ascensor poco inteligente. El funcionario a su cargo ni siquiera me miraba y tampoco hacía gesto alguno para invitarme a entrar al vetusto aparato. En mi precario alemán le pregunté si la máquina estaba malograda y su

respuesta me sorprendió: *Gruppen nur*, mascullo. Él no bajaba ni subía solo para una persona.

Lo colectivo mandaba. Como individuos, calificados o no, el pintor y yo valíamos poco.

Tras la caída del Muro en Alemania, el fin de la soberanía limitada de los otros países de Europa Central y el desmembramiento de la Unión Soviética, Jaime —a la sazón editor cultural de “El Mercurio”— viajó a los sitios de los sucesos para reportear el fenómeno en vivo y en directo.

Su foco de interés no era la eventual inserción de la ex Unión Soviética y sus repúblicas subordinadas en el Occidente demobliberal. Para eso estaban Francis Fukuyama y otros expertos. Desde su fe ilustrada, él llegaba para auscultar el corazón cultural del mundo ex-comunista. Debía determinar si, tras siete décadas de ateísmo institucionalizado, agonizaba o sobrevivía su vinculación ancestral con el misticismo.

Los testimonios que recogió en este libro —de filósofos, críticos de arte, científicos, académicos, estudiantes, religiosos en activo y religiosos disidentes de alto nivel— lucen en línea con su hipótesis tácita. Concluyen en que la cultura tiene siempre orígenes místicos y que, entre Lenin y Leonid Brezhnev, la espiritualidad panrusa sobrevivió desde las catacumbas. Pero, a partir de ahí, la textura de esos testimonios

se hace progresivamente más rica y compleja. Dicen, como subtexto, que aquel *complex* místico-cultural tenía variables domésticas e internacionales sustantivas, en aquello que Karl Marx concebía como “superestructuras”.

Marx, quien más que un pensador de la política fue un pensador de todo, percibía que bajo el pavimento de su materialismo estaba la espiritualidad de la gente común. De hecho, sus conocidas “tesis sobre Feuerbach” fueron cuñas polémicas sobre “los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo”. En esa línea, su racionalidad dialéctica castigaba a la religión en cuanto “opio del pueblo”, pero no llegaba a la negación de un Ser Supremo. Más agnóstico que ateo, decía que “nada se sabe de la existencia de Dios”.

Lenin, en cuanto ejecutor de Marx y pensador político unidimensional, mostró su respeto a la fuerza oculta de la religiosidad de manera oblicua: construyó un partido de estructura eclesial, con una sede supranacional, sedes nacionales, jerarquías rígidas, libros sagrados, ideólogos inquisitoriales, misioneros trotamundos, herejes condenados, mártires venerados y funcionarios profesionales. El himno emblemático de esa iglesia laica contenía una promesa congruente: “el mundo será un paraíso de toda la humanidad”.

Con esos antecedentes puede

decirse, con léxico marxiano, que la superestructura cultural de la Guerra Fría contenía una contradicción irreductible. Por una parte, el ateísmo en formato religioso; por la otra, las distintas variables de la religiosidad y del agnosticismo. Por ello, plantear que la implosión soviética marcaría un gran final convergente, con impacto en la infraestructura económica y las otras superestructuras, era subestimar el peso de lo espiritual en la existencia humana.

Más prudente habría sido reconocer, desde las más altas instancias docentes y políticas del mundo, que el futuro posible tras el fin de la Guerra Fría no estaría signado por el juego de suma cero. Imperios con tanta solera histórica como el zarista y el soviético no desaparecen, sino que se transforman.

Lo más notable de este libro es que, por vías no politológicas, dio luces tempranas sobre el cuadro político internacional vigente.

En efecto, los entrevistados de Jaime ya evidenciaban el recelo a la asimilación de una cultura capitalista-consumista considerada de muy bajo nivel y sometida a liderazgos políticos dudosos. Incluso

pronosticaban una réplica rusa chauvinista y pagana, “con grave peligro para ese Occidente que hoy se emula”. Fue como si se adivinara que, tras los temidos o respetados enemigos de antaño, llegarían amigos como Donald Trump, con su cohorte de barbarie.

En ese marco receloso, la crónica política ha ido mostrando dos desarrollos negativos e interrelacionados. El primero, un avance de la OTAN hacia las fronteras de la ex-URSS, que revelaba una pésima decodificación geopolítica por parte de los líderes de los Estados Unidos y la Unión Europea. El segundo, la sustitución de la economía soviética, centralmente planificada, por una economía inclassificable, donde la libre competencia es casi una ilusión y la corrupción casi un estado.

Sorprende agregar que, ya en 1993, este libro haya tenido lectores que percibieron bien lo señalado. Uno de ellos, Francisco “Cato” Orrego (Q.E.P.D.), opinó entonces que, en medio de “una explosión de nacionalismos”, Rusia entraría en conflictos con las repúblicas liberadas, y aventuró una profecía exacta: “va a haber, con seguridad, una proyección internacional rusa nueva, porque está en su geografía

y está en su historia”.

La anexión rusa de Crimea en 2014 y la actual guerra en Ucrania le han dado la más triste de las confirmaciones. La ecuación de la coyuntura muestra un Vladimir Putin más tributario de Iván el Terrible que de Mijaíl Gorbachov y abre perspectivas ominosas sobre el futuro de la paz mundial.

En resumidas cuentas, este libro deja en claro que el materialismo soviético septuagenario quiso, pero no pudo, eliminar el espiritualismo milenar. También sugiere que el intento de Gorbachov de convertir a la URSS en una democracia estaba condenado *ab initio* porque, a la inversa de los líderes comunistas chinos, quedó atrapado en tierra de nadie. Entre la resistencia del sistema comunista que agonizaba y el imposible apoyo de las fuerzas que ese sistema había excluido.

Por eso, como dice su título premonitorio, el espacio imperial antes zarista y luego soviético, hoy es el escenario de una historia nueva. También una historia prosaica y enigmática, pues cada vez se aleja más de la ilusión de un orden mundial democrático y baja más el umbral para el espanto mayor.

Entre los fulgores y oscuridades de lo que está sucediendo, lo más seguro es que los nuevos buceadores de la fe ya no sepan dónde buscar el misticismo perdido. Quizás Jaime pueda ayudarlos evocando a Dostoievski y asumiendo que en esta nueva historia todo es posible, incluyendo la reparación de Dios.



EL COMIENZO DE LA HISTORIA  
Jaime Antúnez A.,  
Editorial Nueva Patris  
Número de páginas: 248  
Precio: \$9.990